

UN CRIMEN PERFECTO

1

En París no debería llover en el mes de abril, o eso dice la canción, pero el día era húmedo y frío. Salí de la habitación con vistas a los jardines de las Tullerías de mi hotel, crucé la rue Rivoli y me refugié en el Louvre. No había colas en las taquillas ni grupos de turistas, y la inmensidad del museo se tragaba a los escasos visitantes dándome la sensación de que estaba allí sola. Subí la amplia escalinata frontal hasta la *Victoria de Samotracia* imaginándome que era Audrey Hepburn en *Una cara con ángel*.

El Louvre encierra entre sus paredes la historia de Francia: tribunales, golpes de estado, bodas reales, revoluciones, ahorcamientos y asesinatos. Enrique IV murió desangrado por el cuchillo de su asesino, Ravaillac, bajo el techo cubierto de frescos de la Galerie d'Apollon. El Louvre fue fortaleza en la Edad Media, palacio en la monarquía, museo del pueblo durante la Revolución y escaparate de Napoleón en el Primer Imperio. Ha acogido establos y refugiado a okupas, ha servido de imprenta, de casa de citas a las prostitutas y de estudio a los artistas. David y Fragonard vivieron y trabajaron debajo de la Grande Galerie, con la colada tendida y el calor de sus discusiones filtrándose por las galerías junto al aroma de sus guisos. Napoleón desalojó a los pintores cuando se convirtió en emperador, quejándose de que cualquier día acabarían por incendiarle su museo.

EL ROBO DE LA SONRISA

Deambulaba por las galerías, sin una guía ni un plano del museo, cuando de pronto, inesperadamente, me encontré con Mona Lisa colgada en el centro de una pared. El cuadro, enmarcado, se hallaba encerrado en una caja de cristal. Estábamos a finales de la década de 1970 y no había ninguna medida de seguridad, ni un cordón protector que obligara a los visitantes a mantener las distancias. Sobre aquella pared del Louvre, la imagen me pareció oscura, con los colores turbios y la actitud distante. Leonardo dejó escrito que el pintor debía evitar colocar a sus modelos a plena luz del sol, donde la luz y las sombras fueran marcadas. Ahora me parece distinta.

He convivido con Mona Lisa durante meses, buscando respuesta a un misterio centenario. En el reducido espacio de mi habitación, iluminada por una sola ventana alargada cuyas contraventanas abiertas dejan entrar la luz oblicua del norte, sus colores son los del campo toscano. Su tez es de un suave tono dorado. No importa que haya pasado casi toda su vida en Francia, ni que los franceses la llamen *la Joconde* y la reivindiquen como un tesoro nacional: Mona Lisa es tan intrínsecamente italiana como Sofía Loren. Seductora, pero serenamente reservada; reconocible al instante pero siempre esquiva.

Entre 2004 y 2005, un equipo internacional de especialistas se reunió en el Louvre para despojar a Mona Lisa de su “velo de misterio”. Para analizar el arte y la ciencia de Leonardo se sirvieron de la tecnología más sofisticada: radiografías, escáneres en 3-D, microfluorescentes, reflectografía de infrarrojos, cromatografía química y gaseosa de su pintura y más aún. Ninguna obra de arte ha pasado jamás un examen tan exhaustivo. *Mona Lisa: Inside the Painting* [Mona Lisa: dentro del cuadro] expone sus análisis confirmando, de modo detallado y tan fascinante como riguroso, lo que escribió en 1625 el sagaz mecenas Cassiano del Pozzo: a Mona Lisa “sólo le falta el don de la palabra”.

Su postura es perfecta, con los hombros rectos y las manos cruzadas. No lleva joyas, ni siquiera un anillo de casada. Si nos tendiera la mano, el gesto nos parecería perfectamente natural. El rostro tiene los pómulos anchos, la frente alta, la barbilla afilada. La nariz es estrecha, los labios pálidos se cierran con las comisuras muy levemente alzadas, marcando su famosa sonrisa. Sin embargo, más que la sonrisa, los que nos cautivan son los ojos: son cálidos, marrones e ineludibles.

Mona Lisa sólo tiene ojos para mí. No hay nadie más. Nadie más interesante, más inteligente, más irresistible. Y, algo extraordinario, si hubiera en esta habitación una docena de personas más, cada una de ellas sentiría lo mismo. Cada persona que la mira se convierte para ella en la única persona del mundo. Es halagador, pero también resulta exasperante porque ella no revela nada acerca de sí misma.

Cierro los ojos e imagino que ha desaparecido.

2

El misterio de Mona Lisa que intento aclarar comienza en París al final de la *belle époque*, cuando la ciudad se balanceaba suspendida en el vértice de un nuevo siglo irreverente y un irreverente nuevo arte. En el breve interludio *avant-guerre* anterior a los combates en las trincheras y sus incommensurables pérdidas, el fogonazo de una maravillosa energía incandescente cargó de electricidad la Ciudad de las Luces. Un ejército de jóvenes brillantes llegó a París procedente de muchos países para deslumbrar con sus creaciones más espectaculares: los rusos Diaghilev y Stravinsky, el italiano Modigliani, los españoles Juan Gris y Pablo Picasso, y Guillaume Apollinaire, el hombre sin patria.

EL ROBO DE LA SONRISA

De los estudios de Montmartre y los cafés de Montparnasse emergía un movimiento creativo radical que iba a transformar el arte y la literatura. Mientras Proust componía *En busca del tiempo perdido* a partir de un montón de apuntes garabateados, a su alrededor se cuestionaba el propio valor de los recuerdos. El pasado ya no era una fuente de conocimiento; era un obstáculo que había que superar.

París, en aquel momento, resultaba tan esencial para el futuro del arte como lo había sido Florencia en el Renacimiento, y los pintores más sobresalientes de cada época –el famoso maestro Leonardo da Vinci y su joven y arrogante rival Pablo Picasso– se convirtieron en los actores principales de un acto delictivo ejecutado con tanta genialidad y descaro que atrajo la atención del mundo entero.

Un siglo después, el misterio aún perdura, y su solución sigue siendo tan difícil de alcanzar como su recompensa. ¿Quién robó a Mona Lisa?